EL ATAQUE A VALENCIA EN 1873

En 1873 se produjo el último ataque terrestre que ha sufrido la ciudad de Valencia. Hoy voy a hablaros de esa parte de nuestra historia, que es muy poco conocida.

En julio de ese año España era una república y se estaba preparando una Constitución que preveía la creación de un estado federal. Pero algunos radicales se adelantaron y decidieron crearla por su cuenta. De esta manera, estos republicanos intransigentes, que controlaban la milicia de Valencia, se alzaron en armas el 19 de julio, tomando el control de la ciudad y proclamando el cantón valenciano. Mientras esto ocurría, Valencia dejó de obedecer al gobierno de la república y pasó a ser gobernada por una junta.

En los días siguientes la milicia valenciana realizó expediciones a Alzira y a Xàtiva, pero ante la llegada de tropas del ejército, dirigidas por el general Martínez Campos (capitán general de Valencia), se retiraron a la ciudad y se prepararon para la defensa. Pese a que el presidente Salmerón estaba dispuesto a reconocer a la junta como gobierno de la ciudad, la intransigencia de los republicanos rebeldes, que exigían la independencia del cantón valenciano, hizo que no se pudiera llegar a ningún acuerdo. Mientras tanto Martínez Campos continuó su avance desde Xàtiva, llegando en tren a Catarroja.

Los combates empezaron en la noche del 26 de julio, cuando las tropas del ejército ocuparon Ruzafa y se produjeron tiroteos junto a la plaza de toros. Esto provocó la alarma en la ciudad, de donde salieron miles de valencianos, huyendo de los combates. Los más pudientes se fueron a sus segundas residencias en el Cabañal, mientras que gran parte del resto se repartió por los pueblos de la Huerta, siendo generosamente acogidos por los vecinos, que les ayudaron en lo que pudieron. Otros se quedaron en sus casas o se refugiaron en iglesias o en la casa de pobres de la Misericordia.

Mientras tanto, se formaban barricadas en los principales accesos a la ciudad (que ya no tenía murallas), al tiempo que llegaban voluntarios armados desde Castellón, del Grao y de muchos pueblos cercanos para participar en la defensa. Ese día se produjeron combates en la Cruz Cubierta y se estima que en Valencia había 10.500 insurrectos con 5 cañones, frente a los 3.200 infantes, 250 jinetes y 14 cañones de Martínez Campos. A esta rebelión se añadieron los internacionalistas, representantes de los obreros y de ideas anarquistas.

Tras varios días de negociaciones y de preparativos, Martínez Campos avanzó a Mislata el 31 de julio, para preparar desde allí el ataque a Valencia. Mientras tanto los rebeldes le disparaban con un cañón desde las torres de Quart, causando bastantes daños en Mislata. En varias ocasiones Martínez Campos ofreció el perdón si la ciudad se rendía, pero la junta rebelde no quiso atender sus peticiones. A todo esto, empezó un duelo artillero entre seis cañones del ejército, que disparaban desde Xirivella, y los tres cañones que ahora tenían los rebeldes en las torres de Quart. De esta manera, un proyectil cayó sobre el convento de Santa Úrsula, junto a las mencionadas torres, incendiándolo y obligando a las monjas a desalojarlo. También cayeron bombas sobre el resto de la ciudad, destruyendo varias casas y provocando algunos incendios, aunque pocas muertes, pues casi toda la población había abandonado Valencia.

El bombardeo duró varios días, provocando la huida de más familias y el terror entre los pocos civiles que quedaban. Entre ellos se encontraban algunos corresponsales extranjeros, como el norteamericano Henry Stanley (el mismo que encontró a Livingstone en África, que era corresponsal del *New York Herald*) y un tal March (del *New York Tribune*). Por otra parte, el 4 de agosto los rebeldes realizaron una salida hacia Mislata, sosteniendo el fuego durante largo tiempo con las tropas, hasta que regresaron a Valencia. Mientras tanto Martínez Campos dirigía las operaciones desde Quart de Poblet y allí recibió el 5 de agosto a los cónsules de Italia y Gran Bretaña, que trataban de que se llegase a un acuerdo. El capitán general ordenó entonces que cesase el bombardeo y dos días después recibió a una comisión de la junta cantonalista. No rechazó sus condiciones, pero les dijo que no estaba autorizado para aceptarlas y, como no fue posible contactar por telégrafo con el gobierno, no se llegó a ningún acuerdo.

Mientras el capitán general se preparaba para atacar Valencia, los representantes de la milicia de la ciudad se reunieron el 9 de agosto en la sala capitular de la catedral. Allí, por 32 votos a 21 se decidió la rendición incondicional. Los partidarios de la resistencia (unos 1.000, dirigidos por un tal Plaza) marcharon al Cabañal y se embarcaron hacia Calpe para continuar la lucha, mientras en el Miguelete, las torres de Serranos y de Quart se izaban banderas blancas. Ese mismo día Martínez Campos entró en Valencia sin pegar un solo tiro y ordenó el desarme de la milicia. Pese a que había tenido 7 muertos y 36 heridos entre sus filas, el capitán general pidió al gobierno el perdón para los civiles implicados en el levantamiento, mientras que a los militares rebeldes se les castigaría enviándolos a combatir a Cuba. Así terminó el último ataque terrestre de la historia de la ciudad de Valencia.